

La Palabra Explicada | ¿Por Qué Murió Cristo? | Hebreos 9:22

Un versículo breve, pero eterno

Hebreos 9:22 contiene una de las afirmaciones más contundentes y fundamentales de toda la Biblia: *“Sin derramamiento de sangre no hay remisión.”* Esta frase corta, directa, pero profundamente teológica, resume siglos de revelación divina sobre la gravedad del pecado y la única forma posible de obtener perdón ante Dios. No es una metáfora ni una expresión simbólica. Es una ley espiritual: el pecado no puede ser cancelado si no hay sacrificio, si no hay sangre. Esta enseñanza atraviesa la Escritura desde el principio hasta la cruz, desde el primer sacrificio en el Edén hasta la muerte de Cristo en el Calvario.

El Antiguo Pacto hablaba con sangre

En el Antiguo Testamento, esta verdad era visible en cada detalle del sistema levítico. Todo estaba manchado de sangre: los altares, las cortinas, las vestiduras sacerdotales. Había tazones llenos de sangre al pie del altar, y cada ceremonia mostraba que la vida —representada en la sangre— debía ser ofrecida por causa del pecado. Era un espectáculo impactante, incluso desagradable, pero no sin propósito. La sangre era un recordatorio gráfico del precio del pecado. Dios estaba enseñando al pueblo que el pecado no se elimina con esfuerzo humano, ni con remordimiento emocional, ni con actos religiosos. El pecado solo se perdona cuando hay muerte. Y esa muerte, por justicia divina, debía ser vicaria: un inocente tomando el lugar del culpable.

En el Evangelio no hay excepción

Aunque existía una mínima excepción para los muy pobres, donde se permitía una ofrenda sin sangre (como una medida de misericordia), esto no anulaba la regla: solo resaltaba que, incluso en la pobreza, la necesidad de expiación permanecía. Esa excepción no eliminaba el principio, lo confirmaba. Y en el Nuevo Testamento, bajo el Evangelio, ya no hay excepciones. No hay plan B. No hay alternativa moral o religiosa. Todos necesitamos ser lavados, no por agua, no por obras, sino por sangre –la sangre del Cordero de Dios.

El perdón es posible, y es completo

La buena noticia es que sí hay perdón. A pesar de que Dios es santo y justo, Él ha provisto una vía de reconciliación. Y esa vía no está basada en lo que tú hagas, sino en lo que Cristo ya hizo. El perdón que Dios ofrece es real, total, y accesible ahora mismo. No es una esperanza vaga para el futuro, es una certeza para hoy. El pecado es como una deuda con Dios. Esa deuda puede ser cancelada completamente si confías en la sangre de Cristo. ¿Has mentido, robado, adulterado, blasfemado? ¿Has cometido errores graves que todavía te persiguen en tu conciencia? La sangre de Cristo es suficiente para todo. La Palabra dice: *“El que confiesa su pecado y se aparta, alcanzará misericordia.”* Ningún pecado que te duela y te arrepientas sinceramente queda fuera del alcance de esa gracia.

Además, el perdón que Dios da no es parcial ni temporal. Cuando Él limpia, limpia por completo. No deja manchas ni registros pendientes. En Cristo, eres hecho nuevo, declarado justo como si nunca hubieras pecado. Esa limpieza no se activa al final de tu vida, sino en el mismo instante en que crees. El momento que depositas tu fe en Jesús, eres perdonado. No por mérito, sino por gracia. No por promesas tuyas, sino por la promesa de Dios: *“El que cree en el Hijo, no es condenado.”*

Esto no es arrogancia espiritual. Es descansar en la Palabra firme de Aquel que no puede mentir.

Sin sangre, no hay limpieza

Pero aquí está el punto clave de todo este mensaje: no hay perdón sin sangre. No basta con sentir culpa, llorar, ayunar o intentar cambiar. Tus obras, tus emociones, tu reforma personal, incluso tu arrepentimiento... nada de eso puede quitar el pecado. Tus lágrimas pueden ser sinceras, pero no limpian. Tus sacrificios pueden ser nobles, pero no alcanzan. El bautismo, la Santa Cena, ir a la iglesia, ayudar al prójimo... todo eso puede tener valor en una vida de fe, pero ninguno de esos actos puede perdonar. Incluso la vida perfecta de Jesús no sería suficiente si Él no hubiese muerto. Porque no somos salvos solo por su ejemplo, sino por su sustitución. Fue Cristo crucificado, no solo Cristo glorificado, quien llevó nuestro castigo.

La cruz: el centro del Evangelio

Por eso, no es posible hablar de perdón sin hablar de la cruz. Jesús vino a ser nuestro Sustituto. El castigo que tú y yo merecíamos fue colocado sobre Él. Fue herido por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados. Fue desamparado para que tú nunca lo seas. La sangre que brotó de su cuerpo tenía valor eterno porque era sangre divina, pura, inocente. Y fue esa sangre la que satisfizo la justicia de Dios. No es que Dios olvidó tus pecados, es que ya los castigó... en su Hijo. La deuda fue pagada por completo. Por eso ahora puede perdonarte sin dejar de ser justo. El perdón no es barato. Fue costoso. Pero ahora se ofrece gratuitamente.

¿Has confiado en esa sangre?

Entonces la gran pregunta es: ¿y tú? ¿Has confiado verdaderamente en esa sangre? ¿Has descansado en el sacrificio de Cristo o sigues confiando en tu carácter, tu esfuerzo o tu

religión? Si no has sido cubierto por esa sangre, no tienes perdón. Esa es la verdad. Pero si vienes hoy a Cristo, si reconoces tu pecado y te aferras solo a su cruz, entonces sí: tus pecados serán borrados para siempre. Serás limpio. Serás libre.

La cruz no es una opción entre muchas. Es el único camino. Por eso Pablo dijo: *“Me propuse no saber entre vosotros cosa alguna, sino a Jesucristo, y a éste crucificado.”* No debemos alejarnos de ese centro. Toda predicación fiel debe mantener la sangre en el lugar central. No podemos adornar el Evangelio quitándole su esencia. Y un día, cuando estemos ante el Trono de Dios, no presentaremos nuestros méritos, sino una sola declaración:

□□ *“Digno es el Cordero que fue inmolado, porque con Su sangre nos ha redimido para Dios.”*

Amén.